

POETAS DE GUATEMALA

CARLOS WYLD OSPINA

LOS VIEJECITOS

Hay aromas vagos en el tibio ambiente;
la tarde se apaga sobre las callejas,
y una paz del claustro, profunda, se siente,
una paz de cosas borrosas y viejas.

Oh, la Ciudad Muerta!... Altos monasterios,
atrios silenciosos, pétreos portalones...
¡Cómo flota un velo de oscuros misterios
sobre el gris de todas sus desolaciones!

Apenas si turba la quietud serena
un mendigo inválido con su letanía,
y un órgano oculto, que llora de pena
y grave resuena
en el fondo de una catedral vacía...

Se escuchan campanas tañir, a lo lejos...
Y apenas si cruzan las plazas tranquilas,
con andar rehacio, algún par de viejos
que os miran al paso con vagas pupilas,
y luego se pierden por sitios lejanos,
entre callejuelas de casas ruinosas,
facticeando los muros con trémulas manos,
mientras que murmuran... quién sabe qué
[cosas...

VERBO PROCER

Una vez y cien veces podrá el torvo Destino
entorpecerme el rumbo y torcerme el camino;
tornar en espejismos falaces mi visión;
dejar mi lecho solo y hacer mi pan escaso:
mas, sobre la indigencia sombría del fracaso,
me dejará una cosa que es mía: la canción.

Huirá de mi penacho lírico la Victoria;
y burlará mi anhelo la fortuna irrisoria
y borrará el olvido mi heráldico blasón;
desmayará mi numen; se embotará mi em-
[peño
contra las mil murallas de inaccesible sueño...
¡mas quedará una nota sonando en mi
[canción!

Rehuirán mi beso las bocas femeninas;
en vez de laureles tendrá la frente espinas;
copa de la amargura será mi corazón;
y en su festín de rosas, tal vez el Amor
[fuerte
pedirá mi cabeza para darla a la muerte
¡sin poder arrancarme del labio la canción!

DOÑA TIRAPELLEJOS

Doña Tirapellejos se asoma a la ventana
a husmear ávidamente qué ocurre en la
[ciudad.
Del juez o del alcalde fué antaño barragana,
pero hoy sólo la intrigan los casos de moral:

Una escabrosa y parda moral, porque la vieja
gusta de las historias de picante sabor:
anécdotas de alcoba y aventuras de reja
son el manjar sabroso de su predilección.

Como una araña mea y expele su ponzoña,
así daña la arpía a quien le niega el Doña,
o sin contar con ella quiere vivir en paz.

Y curiosa, atisbando por puertas y resquicios,
murmura, inventa, miente... y es síntesis
[de vicios
que grita por las calles preceptos de moral.

LAS DADIVAS SIMPLES, 1921

Por CARLOS WYLD OSPINA

Toda esa honda poesía de la ciudad antigua, que en tiempos de la leyenda colonial fué residencia de Gobernadores y de Obispos; ese encanto de los conventos, de las iglesias, de las callejas solitarias, de las «antiguas plazas húmedas», ha penetrado en el alma del poeta de la Antigua Guatemala y nos lo dá, en su honda emoción, en la primera parte del libro que llama «Entre Altos Muros». Y, leída esta parte con anhelo creciente, se hunde el espíritu, igual que la urna en la fuente límpida, en el raudal de poesía fresca, joven, bañada de sol, llena de savias nuevas como un cedro en abril, que brota de cada una de sus páginas, en «La Canción Secular» en, «Varios Poemas», que forman la segunda y tercera parte de sus admirables «Dádivas Simples».

«La Canción Secular» es como una selva americana, fuerte, perfumada; con su trascendental sentido de vida libre y sencilla, sustentada de la propia tierra; alegre bajo el cielo y bajo el sol!

«Comarca Maternal» y «El Pastor» son páginas de intensa poesía «sin literatura». Hago una breve cita de «El Pastor»:

*Junto al rebaño, el viejo perro
duerme a los pies de su señor;
en torno, el campo se recoge
como en interna adoración;
bajo el silencio vespertino
la yerba crece sin rumor
y oyen pastor, rebaño y montes
distintamente hablar a Dios.*

Entre sus poemas, «Verbo Prócer» afirma del poeta su íntima virtualidad: «su canción» triunfante de la gloria, del fracaso, del destino y del mismo «amor fuerte que:

«en su festín de rosas pedirá mi cabeza para dárla a la muerte!» «¡Sin poder arrancarme del labio la canción!» Sabia Displacencia dice del reposo y la serenidad propias del artista, que pone su ritmo a compás del Misterioso Ritmo que es muerte y que es vida. Termina esta parte del libro con un hermoso canto a Xelajú-K'ixé, la Quetzaltenango de hoy, «Ciudad de las Cumbres» le dice el poeta.

Y, se entra en la última parte del libro cuya portada dice: «La Musa Lugareña». Pintura de las aldeas y pueblos de nuestra América, esparcidos desde México a la Argentina, perdidos unos en los valles inmensos, otros en las cumbres de los Andes! Todos con sus típicas idiosincrasias, con su viejo espíritu, dormido en cuerpos jóvenes, bajo el calor tropical; con sus iglesias seculares y sus viejas creencias legadas, viviendo en la paz de equívocas democracias! Hay en Wyld Ospina aquel humor de Luis Carlos López, picante y fino, desconcertante a veces por su trágica realidad. Mas, en Wyld Ospina, parece adivinarse a través de sus aceradas ironías, el dolor del espíritu egregio que vive anhelante de la desbarbarización de América, donde su canto se pierde, como el del jilguero en el silencio de los bosques primitivos.

CARLOS LUIS SÁENZ

10-1921.

PADRES CAMPESINOS

Campesinos tenaces, enormes, esforzados,
a la par de la bestia apacible encorvados,
tras la lenta y obscura labor de los arados;

Gloriosos y cansados con heroica fatiga,
que por claro prodigio hizo nacer la espiga
sobre las arideces de la tierra mendiga...

Patriarcas, fundadores y reyes
del mundo, que dictaron inamovibles leyes
al ritmo formidable del paso de sus bueyes;

Y, dueños del tesoro de su sabiduría,
en la espiga madura y en la franca alegría
hallaron la virtud y el pan de cada día.

Con su paso rotundo cruzaron las edades;
y, al amasar el barro de predios y heredades,
presintieron un vasto palpitar de ciudades.

Eran sus testas próceres y sus barbas ne-
[vadas,
y las manos, en dura labor santificadas,
con el oro del mundo las llevaban cargadas.

De los futuros pueblos echaron los sillares
eternos; y ahora, sobre domésticos altares,
como divinidades presiden nuestros lares;

Y con remota vida parecen estar prestos
de sus antiguas fosas a levantarse enhiestos
para imponer de nuevo los fabulosos gestos...

Ateizados los rostros, con el matiz que dan
el sol y el viento, eran los hombres con que
[el gran
Whitman bebe su vino y comparte su pan.

En ellos no existían las malas levaduras,
ni los tristes estigmas, ni las taras impuras:
sus tallas eran altas y eran sus carnes duras.

Iba su sangre en hondas vibrantes y veloces,
entre el celo gigante de las bestias feroces
y del árbol y el agua las recónditas voces...

Ancha mano del viejo, ruda mano sin man-
[cha,
que inspiraba deseos de estrecharla, por
[ancha.
Ancha mano del viejo, ruda mano sin man-
[cha.

Blanca barba del viejo cayendo onda tras
[onda
con hosquedad salvaje, como una humana
[fronda.
Blanca barba del viejo cayendo onda tras
[onda.

Todo el vivir jocundo, toda la dicha ida,
la antigua fuerza alegre, que lloramos per-
[dida,
está en el ritmo simple de vuestra mansa vida.

Somos como hijos pródigos que de tierras
[extrañas
su paso encaminaran a las patrias montañas:
¡y lloramos al ver humear vuestras cabañas!

Oh, tarde evocativa sobre los panoramas
amados! Buena tierra del sol, cómo derramas
tu olor a frescas aguas, a mirtos y retamas

De que perpetuamente se llenan los senderos,
donde se oye el balar de los dulces corderos
y corrió el bravo potro de mis sueños pri-
[meros!

Oh, el crepúsculo vago, con dorados reflejos
y voces familiares, que nos traen, de lejos,
la nostalgia del calor de los viejos!...